

LA UNIVERSIDAD Y LA COOPERACIÓN AL DESARROLLO: HACIA UN MARCO DE COLABORACIÓN CON LAS ONGD¹

KOLDO UNCETA

*Profesor de Economía del Desarrollo de la Universidad del País Vasco.
Director de la Oficina de Cooperación al Desarrollo de la Universidad del País Vasco*

1. INTRODUCCIÓN

La aproximación a un tema tan complejo como el del papel de la institución universitaria en la cooperación al desarrollo requiere tener en cuenta diversos aspectos de la cuestión que se sitúan tanto dentro como fuera de la Universidad. Requiere, en primer lugar, una consideración sobre los cambios operados en el mundo durante los últimos tiempos y la manera en que los mismos afectan al desarrollo de las sociedades y, por consiguiente, a los objetivos de la cooperación. Requiere también tener en cuenta el papel que los distintos agentes sociales tienen actualmente en el impulso de la solidaridad y la cooperación internacional. Y requiere, por último, delimitar las potencialidades propias de la Universidad en dichas tareas. Lo que a continuación voy a exponer es una reflexión realizada desde mi experiencia en cuatro ámbitos complementarios en los que he tenido la oportunidad de participar a lo largo de los últimos 20 años: como profesor e investigador en el campo de la Economía del Desarrollo; como participante en diversos programas de cooperación en América Latina y en África; como responsable de la política de cooperación de mi Universidad; y como colaborador activo de diversas ONGD.

Creo que en ocasiones como ésta es mejor no andarse por las ramas y presentar de entrada la tesis en la que se apoyan las reflexiones que voy a

plantear sobre el tema que nos ocupa. Esta tesis es la siguiente: Las condiciones en las que se desenvuelve la cooperación al desarrollo se han visto alteradas de forma radical durante los últimos años —yo diría que durante las dos últimas décadas— afectando de lleno a dos cuestiones esenciales: 1) la definición de las estrategias de cooperación, y 2) el papel a desempeñar en la misma por los distintos agentes sociales, incluyendo, lógicamente, a la Universidad y a las ONGD.

El surgimiento de la cooperación al desarrollo y su evolución durante varias décadas estuvieron ligados a dos ideas fundamentales:

1. La idea de que el crecimiento económico y la expansión de la producción serían la base principal y casi única para el logro del bienestar humano. Según se planteaba, el problema era que los países en desarrollo no tenían capacidad para generar crecimiento económico como consecuencia de la ausencia de ahorro interno, capaz de traducirse en inversiones, en tecnología y en modernización. De ahí que la clave para romper lo que se denominó el “círculo de la pobreza” estaría en la capacidad para transferir capital, ahorro y tecnología desde los países industrializados hacia los países del Sur, ideas las que marcarían con fuerza las líneas de trabajo de las agencias de cooperación y de muchas ONGD.
2. La creencia de que la promoción del bienestar y el desarrollo constitúa una tarea nacional, responsabilidad principal de cada Estado y cada sociedad, representando la cooperación internacional una herramienta complementaria, capaz de ayudar a que cada Estado pudiera construir la infraestructura económica, social e institucional necesaria para su propio desarrollo, tal como habían hecho los países industrializados.

Desde estas ideas fundamentales, la cooperación al desarrollo concentró sus esfuerzos en la transferencia de recursos técnicos y financieros, a través de dos vías principales. Por un lado las instituciones y agencias gubernamentales y multilaterales; y por otra parte las ONGD. Estas últimas fueron consolidándose como organizaciones surgidas de la propia sociedad especializadas en la tarea de canalizar la solidaridad de la gente para con los países más necesitados de ayuda, de la misma forma que otras instituciones y organizaciones, públicas o privadas, se dedicaban a sus propios cometidos (sindicatos, ayuntamientos, universidades, organizaciones profesionales, etc.), permaneciendo relativamente al margen de las preocupaciones de la cooperación al desarrollo.

Sin embargo, las mencionadas ideas básicas que sustentaron el nacimiento y posterior evolución de la cooperación al desarrollo comenzaron a entrar en crisis hace algunos años como consecuencia de algunos cambios

fundamentales surgidos en el panorama económico y político internacional. De entre éstos resaltaría tres fundamentales:

- a. La desaparición de la Unión Soviética, el fin de la guerra fría, y la siguiente menor preocupación de los países occidentales por la suerte de las sociedades del sur, en la medida en que ya no existía el peligro de que la pobreza pudiera traducirse en revoluciones y cambios políticos que alteraran el equilibrio de fuerzas entre las dos superpotencias.
- b. La ruptura del consenso existente sobre la necesidad de un compromiso explícito con el desarrollo de las instituciones públicas —tanto en el ámbito nacional como internacional—, y la sustitución de dicho consenso por un nuevo pensamiento favorable a que el mercado sea el encargado de asignar los recursos y lograr una mayor eficiencia económica que, supuestamente, habría de traducirse en mayores cotas de progreso. De una concepción del desarrollo basada en buena medida en la acción de los poderes públicos y los organismos multilaterales, se ha pasado a otra en la que la liberalización económica y el desmantelamiento del Estado constituyen las principales señas de identidad. Y de una concepción de la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) basada en el fortalecimiento de las políticas de desarrollo, se ha pasado a otra en la que la acción humanitaria o paliativa ocupa cada vez mayores esfuerzos.
- c. Ello ha ido, paradójicamente, acompañado de la constatación de que el crecimiento económico no garantiza por sí sólo el bienestar de la gente, sino que éste último tiene que ver también con otra serie de variables. La fuerte irrupción en el debate de las nuevas teorías sobre el desarrollo humano es un claro exponente de esto último. El desarrollo se presenta ahora como un proceso de ampliación de oportunidades, como expansión de capacidades y libertades, lo que a su vez remite a un amplio abanico de factores que en modo alguno pueden quedar circunscritos al problema del crecimiento económico. La consecuencia para la cooperación internacional es clave, ya que la prioridad no está vinculada ya de manera exclusiva a la transferencia de recursos técnicos o financieros, sino fundamentalmente a lo que se ha dado en llamar el empoderamiento de la gente, cuestión vinculada a la expansión de los conocimientos, de las libertades, de la salud, de la participación, y, por supuesto a la satisfacción de las necesidades materiales básicas.
- d. Por último, en cuarto lugar, es preciso señalar que la globalización, y muy especialmente la de carácter financiero, ha limitado drásticamente la autonomía de los procesos nacionales de desarrollo, provocando que éstos estén sujetos a factores crecientemente transnacionales que

pueden favorecer o impedir los objetivos de desarrollo de unos u otros países. La cooperación internacional no se enmarca ya sólo, en estas circunstancias, en la posibilidad de reforzar mediante la ayuda exterior los procesos de desarrollo de los distintos países, sino que tiene ante sí el reto de establecer los mecanismos de regulación globales que permitan el bienestar de unas y otras sociedades sin que ello se vea alterado por circunstancias económicas, políticas, medioambientales, etc., que escapan al control de los gobiernos nacionales.

Todos estos asuntos han transformado por completo el panorama en el que se desenvuelve la cooperación al desarrollo, afectando a un conjunto de aspectos imposibles de resumir en esta breve presentación. Me centraré por tanto en aquellos que tienen que ver más directamente con la Universidad y su relación con las ONG.

Empezando por estas últimas, los cambios producidos han afectado de lleno a la esencia de su trabajo en cuatro aspectos principales: En primer lugar, como consecuencia de la necesidad de contribuir al fortalecimiento del tejido social, al empoderamiento de la gente, lo que sitúa en primer término la defensa de los derechos humanos, de la participación, y de las instituciones locales frente a las políticas neoliberales que provocan marginación, indefensión, y desestructuración social. En segundo término, la necesidad de enfrentar no sólo actuaciones concretas a favor del desarrollo en unos u otros lugares, sino también la crítica de aquellos aspectos de la globalización que, en las circunstancias actuales, pueden hacer inútiles dichos esfuerzos puntuales. Las ONGD se ven abocadas así a hacerse presentes en los debates y las movilizaciones que persiguen un mundo distinto en el que puedan hacerse viables los procesos de desarrollo de unas y otras sociedades. En tercer lugar, el desmantelamiento de algunas funciones encomendadas al Estado en la prestación de bienes y servicios públicos esenciales, o las crecientes dificultades para llevarlas a cabo, han hecho que las ONG y organizaciones sociales de muy diversa naturaleza deban cubrir ese hueco, hasta constituir en muchos casos la única esperanza para miles de personas. Y, por último, el aumento de las catástrofes humanitarias —medioambientales, alimentarias, de salud, o las derivadas del aumento de la violencia y los conflictos—, catástrofes muy relacionadas con las políticas neoliberales, han obligado a las ONGD a un gran esfuerzo técnico y financiero para tratar de paliar en lo posible dichas situaciones, lo que ha redundado en una presencia cada vez mayor de la ayuda de emergencia en detrimento de programas de desarrollo de medio y largo plazo. Así las cosas, muchas ONGD se debaten entre la inercia de un trabajo dedicado a recaudar mayores fondos y atender crecientes necesidades, y la necesidad de una estrategia de mayor calado y profundidad que permita, al mismo tiempo, hacer frente junto a otros agentes sociales a la nueva situación que vivimos.

Por lo que respecta a la Universidad, al igual que otros agentes sociales no tradicionales de la cooperación, también ha ido incrementando su presencia en este campo. Ello tiene que ver a su vez con varios asuntos: En primer término con la necesidad de situar la expansión de los conocimientos como una de las palancas fundamentales del desarrollo y del empoderamiento de la gente, tarea en la que la Universidad puede hacer una notable contribución y para la que cuenta con importantes recursos. En segundo lugar hay que tener en cuenta las crecientes necesidades de muchas universidades —especialmente las públicas— que, en diferentes países, han visto cómo sus dificultades de financiación han ido aumentando como consecuencia del abandono o la desatención por parte de los gobiernos. Estas necesidades han puesto en primer plano la solidaridad y el apoyo desde nuestras universidades a la labor de nuestros colegas en muchos países del Sur, especialmente en América Latina. Además, es importante tener en cuenta, en tercer lugar, que todo ello se inscribe en un contexto de creciente importancia de la cooperación interuniversitaria en general (convocatorias, becas, programas internacionales, movilidad de profesores y alumnos...) que también se ha extendido, aunque débilmente, a algunos países del Sur, lo que ha permitido una percepción más internacionalista o universalista de nuestro trabajo. Señalaré por último, la cada vez mayor profesionalización del trabajo en cooperación y las consiguientes demandas de formación especializada, demandas que han llegado también a la Universidad dando origen a masters y otros cursos orientados a la formación de cooperantes y especialistas en gestión de la cooperación.

En medio de todos estos cambios, las universidades y las ONGD se han encontrado durante los últimos tiempos en numerosos cruces de caminos; se han visto frente a frente en torno a numerosas cuestiones; en ocasiones han establecido algunas colaboraciones, y en otras se han mirado con recelo. Pero sigue pendiente una necesaria reflexión conjunta y por separado sobre la manera en que las dos partes pueden estrechar su colaboración para fortalecer la cooperación al desarrollo.

Ahora bien, para que ese trabajo en común sea posible, cada una de las dos partes debería emprender un proceso de reflexión interna que le permita afrontar en mejores condiciones esa colaboración, desde el reconocimiento de las propias limitaciones. En mi opinión, las ONGD no deberían conformarse con enunciar que otro mundo es posible, sino adaptar sus estrategias y su *modus operandi* para hacer posible ese otro mundo. Un mundo que ya no puede construirse únicamente haciendo cada vez más proyectos, en cada vez mayor número de lugares, proyectos cada vez más difíciles de sostener en el tiempo en un contexto de creciente desestructuración social. Hacer posible otro mundo no pasa ya sólo por recaudar más dinero para atender más necesidades, acentuando las inercias y el papel más clásico de las ONGD. Ese otro mundo posible requiere de unas nuevas reglas de juego, de garantías de

protección de los bienes públicos globales, de mecanismos de protección de los derechos de las personas y del medio ambiente, lo que necesita del concurso de diferentes instituciones y agentes sociales y no sólo ONGD. Por otra parte, el empoderamiento de la gente, el fortalecimiento de sus capacidades y libertades, afecta a un amplio abanico de cuestiones en las que diferentes instituciones y agentes sociales tienen mucho que aportar.

2. LA UNIVERSIDAD COMO ESPACIO FUNDAMENTAL PARA EL DEBATE Y LA INVESTIGACIÓN SOBRE EL DESARROLLO Y LA COOPERACIÓN INTERNACIONAL

La Universidad constituye un ámbito privilegiado para la promoción del conocimiento, la investigación, el debate y la difusión de los problemas y retos fundamentales del desarrollo, es decir de aquellas cuestiones que están —o deberían estar— en la base de las estrategias de la cooperación.

Lo cierto es que ya desde los inicios de la cooperación al desarrollo el papel de las universidades y los centros de investigación, principalmente anglosajonas, resultó fundamental en la definición de las prioridades del desarrollo y de las estrategias de cooperación. Las propias políticas de los principales organismos internacionales de cooperación (Banco Mundial, BID, Naciones Unidas...) fueron en gran medida tributarias del debate académico de la época y de las investigaciones y propuestas sobre el desarrollo impulsadas desde universidades y otros centros de estudio.

En la actualidad los problemas del desarrollo y la cooperación se han hecho más y más complejos y requieren de esfuerzos de investigación mayores que nunca. Hoy sabemos que los problemas del desarrollo no son solo, ni principalmente, una cuestión de crecimiento económico. Sabemos que los problemas del desarrollo tampoco dependen únicamente de las condiciones del comercio internacional, como se insistió desde América Latina durante en los años 60 y 70. Como ha señalado el profesor Amartya Sen, uno de los últimos premios Nobel de Economía, el desarrollo es un proceso de ampliación permanente de las oportunidades de las personas y las sociedades, lo que nos lleva a la necesidad de profundizar en un amplio abanico de temas que van desde la educación al medio ambiente, desde la seguridad alimentaria hasta la perspectiva de género, desde la participación democrática y la seguridad política de las personas hasta los aspectos tecnológicos del desarrollo, desde las condiciones del crecimiento económico deseable hasta los problemas de la volatilidad financiera y la globalización de los mercados.

En este contexto, la Universidad y los universitarios tenemos una importante responsabilidad de cara a la sociedad. Pero para que la Universidad pueda ser un agente eficaz en la cooperación al desarrollo

debería comenzar por dar una mayor importancia a la investigación y el debate sobre las condiciones actuales del desarrollo, las cuales afortunadamente han dejado de ser objeto de investigación exclusivamente de economistas o sociólogos, para constituir un reto pluridisciplinar. En la actualidad, la consecución de un escenario en el que las personas de unas y otras sociedades puedan incrementar sus oportunidades de desarrollo, requiere de nuevos consensos acordes con las nuevas condiciones en las que vivimos. Esos nuevos consensos deben abarcar diversos campos, que podríamos dividir entre los tecnológicos, los sociales, y los éticos.

Hace falta, evidentemente, una nueva tecnología acorde con las necesidades de un desarrollo humano y sostenible, lo que afecta a la investigación en un amplio abanico de campos relacionados con la ingeniería, las ciencias naturales, las ciencias de la salud, etc. Pero eso no basta. Aunque, ciertamente son imprescindibles los cambios en la manera de producir y de atender las necesidades humanas, existen en la actualidad importantes obstáculos en la esfera social, en la organización de la sociedad y de la producción, la distribución del poder, la capacidad de orientar el progreso técnico hacia las necesidades de las mayorías, en definitiva, en las posibilidades de establecer mecanismos de participación y control democrático capaces de asegurar la distribución de los recursos y el progreso humano. Pero, a su vez, ello requiere, en tercer lugar, un nuevo consenso ético sobre los valores civilizatorios en los que debe basarse la convivencia entre las personas y las sociedades, lo que nos lleva a la necesidad de elaborar propuestas en torno cuestiones tales como la solidaridad (tanto en el momento presente como con las generaciones futuras), la interculturalidad, etc. El campo de debate abarca pues a todas las áreas de conocimiento y la Universidad tiene una enorme responsabilidad en alentarlo y promoverlo, una responsabilidad acorde con su propia definición universalista.

Pero además del amplio campo de investigación sobre los problemas del desarrollo, las propias políticas y estrategias de cooperación deberían también ser un elemento de estudio por parte de los universitarios, de manera que puedan analizarse los impactos de las mismas y elaborarse nuevas propuestas. Todas estas son cuestiones centrales en el debate internacional en el momento presente. Ahora bien, ¿en qué medida nuestras universidades están a la altura de las actuales necesidades de investigación en el campo del desarrollo y la cooperación internacional? En mi opinión, la respuesta a este asunto es contradictoria. Por un lado, es preciso reconocer el importante trabajo desplegado por muchos profesores e investigadores de las más diversas disciplinas que dedican parte de su tiempo a estas cuestiones, bien a través de programas de investigación, bien mediante la puesta en marcha de proyectos sobre el terreno, bien a través de la incorporación de nuevos contenidos en los planes docentes, bien a través de sus vínculos con ONGs y otras instituciones de cooperación. Sin embargo, este importante

trabajo desplegado por muchos profesores en el campo del desarrollo y la cooperación internacional se realiza muchas veces desde el voluntarismo más absoluto, y sin contar con instrumentos o apoyos institucionales que permitan dar un mayor alcance al mismo.

En muchas ocasiones, son instancias de fuera de la Universidad las que sirven para dar cobertura, financiación, o apoyo institucional al trabajo de los universitarios. Fundaciones u ONGs actúan a veces como ámbitos más eficaces que las propias universidades para impulsar el trabajo en cooperación de muchos universitarios, para elaborar informes, diagnósticos y propuestas sobre los temas más arriba citados. Nuestras universidades, tal vez exclusivamente centradas en la relación de su labor educativa con las necesidades de corto plazo del mercado de trabajo, no acaban de cubrir el importante hueco social que por sus características les correspondería jugar en este terreno. Y así, los investigadores universitarios que trabajan sobre estos temas no encuentran en el medio académico el respaldo ni el estímulo suficiente, debiendo muchas veces desarrollar su labor fuera de la Universidad, en el marco de Fundaciones, ONG, o mediante la colaboración individual con organismos oficiales de cooperación. Llama la atención a este respecto el importante papel que algunos profesores e investigadores de nuestras universidades juegan en el asesoramiento y definición de políticas y estrategias de cooperación, el cual no se corresponde con la escasa importancia que las universidades como tales conceden a estas cuestiones, lo que limita su proyección y capacidad para participar en el debate social sobre la cooperación.

Desde este punto de vista, se hace muy necesaria la existencia de Institutos de investigación en nuestras universidades en los que puedan trabajar especialistas de diversas materias, como existen en otras universidades del mundo. En la actualidad, muchos de nuestros doctorandos que desean hacer sus tesis sobre aspectos relacionados con la cooperación al desarrollo encuentran dificultades para encontrar ámbitos de trabajo como los existentes en otras universidades europeas. Por ello, fomentar la investigación, los foros de debate, las publicaciones sobre la problemática del desarrollo y la cooperación debería ser, en mi opinión, la primera cuestión a tener en cuenta a la hora de hablar del papel de la Universidad en este campo.

3. LOS CUESTIONES DEL DESARROLLO Y LA COOPERACIÓN INTERNACIONAL EN LA DOCENCIA UNIVERSITARIA

Además de en el plano de la investigación, las cuestiones apuntadas en el apartado anterior pueden y deben tener también un reflejo concreto en los planes docentes de las universidades. A este respecto pueden distinguirse varios niveles diferentes:

A) PROGRAMAS O CURSOS DE DOCTORADO

Como ha quedado planteado más arriba, uno de los principales retos a los que se enfrenta actualmente la cooperación al desarrollo es el de las necesidades de investigación que se derivan de los complejos momentos por los que atraviesa la misma.

El establecimiento de ámbitos de investigación, la promoción de ésta, y la formación de investigadores constituyen en ese sentido tareas bastante importantes. De ahí que los programas y cursos de doctorado orientados a la investigación del desarrollo y la cooperación internacional sean un valioso instrumento de cara a todo ello.

B) PROGRAMAS DE POSTGRADO DE FORMACIÓN EN COOPERACIÓN

Otra de las necesidades observadas en el campo de la cooperación al desarrollo es sin duda la escasa preparación y calificación de algunas de las personas que se dedican a estas tareas.

La Universidad puede contribuir a paliar esta situación mediante la organización de cursos especializados en los que puedan formarse estas personas, cursos que en todo caso no deberían tener una orientación excesivamente técnica, alejada de los problemas sociales a los que los cooperantes van a tener que enfrentarse en su quehacer cotidiano.

En este ámbito docente resulta de la máxima importancia el concurso de agentes externos a la propia Universidad tanto para prestar asesoramiento y colaboración como para proporcionar personal docente de contrastada experiencia. La confluencia de esfuerzos entre ONGD y Universidades puede encontrar en este campo uno de sus terrenos más fructíferos si se trabaja adecuadamente.

C) ASIGNATURAS DE LIBRE ELECCIÓN

Por último, un ámbito de creciente importancia en muchas universidades es el de las asignaturas de libre elección relacionadas con la cooperación al desarrollo. Se trata normalmente de un primer paso que suele posibilitar otros posteriores y constituye una buena oportunidad para introducir las preocupaciones solidarias entre el alumnado.

4. LA UNIVERSIDAD COMO SUJETO DE LA COOPERACIÓN AL DESARROLLO

La Universidad puede ser, por las potencialidades que tiene, un agente directo de la cooperación, una entidad capaz de promover la solidaridad y llevar a la práctica proyectos concretos que sirvan para incrementar las

capacidades de la gente en otros lugares del mundo. Ahora bien, ¿cómo accionar y poner en marcha dichas potencialidades?

En principio, existe un ámbito en el que se hace más clara esta posibilidad, cual es el relacionado con el fortalecimiento de los sistemas de educación superior. En la actualidad, las universidades de la mayor parte de los países en desarrollo —claves para el aumento de las capacidades humanas— se ven sometidas a fuertes limitaciones para llevar adelante su labor, como consecuencia del recorte de medios y presupuestos lo que afecta de manera especial a las universidades públicas. El impacto de las políticas de ajuste y de recorte del gasto público sobre los sistemas de enseñanza superior ha sido, en algunos casos, demoledor. De ahí que la cooperación de nuestras universidades para fortalecer las de otros países constituya un campo prioritario para el impulso de la cooperación al desarrollo por parte de las mismas, lo cual puede y debe abarcar campos diversos como la formación del profesorado, el apoyo informático, el fortalecimiento y cualificación de los sistemas de gestión, la creación y dotación de bibliotecas, etc.

Ahora bien, para que la labor de la Universidad en este terreno pueda tener cierto alcance es preciso tener en cuenta una serie de aspectos:

- a) El primero se refiere a la necesidad de trabajar a medio y largo plazo. Carece de sentido la dispersión y el trabajo puntual que impide la continuidad de las acciones emprendidas y el fortalecimiento de lazos que hagan posible el logro de resultados. Por el contrario, deberían priorizarse aquellos programas y proyectos que impliquen la construcción de sólidos lazos con las universidades con las que se coopera, y que permitan el establecimiento de marcos de colaboración capaces de crear sinergias y movilizar los recursos existentes de manera más eficaz.
- b) El segundo tiene que ver con la necesidad de implicar al conjunto de la comunidad universitaria: profesores, estudiantes, y personal de administración y servicios. La legitimación de la cooperación al desarrollo en la Universidad requiere demostrar que todo el mundo tiene un hueco en la solidaridad con otras universidades, para lo cual es preciso desterrar la idea de que los programas de cooperación sólo tienen sitio determinados sectores de la comunidad universitaria.
- c) Por último, la puesta en marcha por parte de la Universidad de programas de cooperación al desarrollo implica la necesidad de que ésta ponga recursos al servicio de ésta. La cooperación solidaria nunca podrá ser algo indoloro, y la a puesta por la cooperación requiere la dedicación de fondos que necesariamente irán en detrimento de otras actividades. La impostergable exigencia de que la Universidad

pueda recibir cofinanciación para sus proyectos de cooperación como lo hacen las ONGs y otras instituciones no debería entenderse como una despreocupación de la propia responsabilidad a este respecto.

5. LA UNIVERSIDAD COMO PARTICIPANTE, JUNTO A OTROS AGENTES SOCIALES, EN PROGRAMAS Y PROYECTOS DE COOPERACIÓN

Por otra parte, la Universidad no sólo es un agente de cooperación capaz de llevar adelante sus propios proyectos. Constituye también una institución que debe ser capaz de trabajar conjuntamente con otros agentes en programas de carácter integral: ONGD, ayuntamientos, pequeñas empresas...

¿Cómo puede la Universidad participar en esfuerzos de cooperación junto a otros agentes sociales? En este punto, es preciso llamar la atención sobre algo que muchas veces pasa demasiado desapercibido: el gran caudal de recursos humanos altamente cualificados que tienen nuestras universidades en los más diversos campos del conocimiento. Por ello, sería importante avanzar hacia marcos de trabajo en los que las universidades pudieran aportar sus propios conocimientos, recursos, y capacidades técnicas a proyectos y programas de desarrollo específicos, junto a otros agentes sociales. Además, en la actualidad, cada vez cobran más importancia los consorcios entre organismos e instituciones diversas capaces de aunar esfuerzos en la realización de programas más integrales y capaces de actuar sobre los problemas desde diversos ángulos.

Como se ha planteado, la Universidad cuenta a este respecto con unas capacidades técnicas de gran importancia que abarcan además a prácticamente todos los campos. Su capacidad para prestar asesoramiento técnico en los más variados campos puede ser de gran valor, pero para ello es preciso que las propias universidades mantengan una mayor relación con otros agentes de cooperación y se doten de estructuras ágiles capaces de responder a las demandas de las organizaciones sociales.

En este campo de la relación de la Universidad con otros agentes sociales de cooperación es preciso insistir en la necesidad de un mayor acercamiento hacia las ONGD. Durante los últimos años se ha instalado en algunos sectores, tanto universitarios como de las ONGD, un clima de recelo mutuo que es sumamente perjudicial para los intereses de la cooperación al desarrollo.

Ciertamente, la visión que ciertos sectores de las ONGD tienen de los universitarios no siempre es buena. Se ha llegado a decir que la aproximación de las universidades a la cooperación tiene que ver con el dinero que las administraciones ponen para la cofinanciación de proyectos, que la participación de los universitarios en la cooperación no suele tener un carácter

voluntario, que en la práctica de los universitarios en la cooperación predomina lo que se ha venido a bautizar como “turismo académico”, etc. La mayoría de esas percepciones carecen de fundamento y, además, desconocen el gran esfuerzo que muchos universitarios llevan años haciendo en el campo de la cooperación al desarrollo. Pero lo cierto es que, justa o injustamente, esas apreciaciones están ahí.

Por su parte, algunos universitarios tienen a veces una visión sesgada del trabajo que realizan las ONG y desconocen la importancia, envergadura y complejidad del mismo. Además, tienden a pensar que éstas se mueven a la defensiva y que tienen miedo de que la Universidad juegue un papel mayor en la cooperación, lo que a veces tiene cierta relación con la actitud de algunas ONG que adoptan una posición patrimonialista sobre la cooperación al desarrollo.

Pero, además de los aspectos subjetivos del problema, de la percepción del rol de unos y otros, existen espacios en los que suele solaparse el trabajo de ambas partes, provocándose a veces situaciones de conflicto que, en realidad, deberían transformarse en campos de fructífera colaboración. Uno de ellos es el de la formación, ya mencionado más arriba. Tradicionalmente, las ONGD habían venido organizando sus propios programas y cursos de formación para la cualificación de los cooperantes y las personas encargadas de dirigir los programas o las organizaciones de cooperación. Durante toda la última década han comenzado a surgir diversos cursos, fundamentalmente masters y otros cursos de postgrado, ofrecidos por universidades, para la formación en el campo de la cooperación, cursos que vienen a ocupar un terreno parecido al que ocupaban algunos cursos organizados por las ONGD. Sin embargo, esto no debería ser un problema sino todo lo contrario. Las universidades cuentan con buenos especialistas en diversos temas, y las ONGD con una gran experiencia a sus espaldas, lo que debería permitir un esfuerzo conjunto capaz de traducirse en una oferta formativa de calidad. La experiencia ha demostrado además que aquellos cursos en los que junto al profesorado universitario han participado como docentes expertos de las ONGD, han arrojado en general mejores resultados.

Desde la Universidad tenemos que ser conscientes de que, para que la colaboración pueda ser fructífera, es necesario ir dando pasos poco a poco y adoptar una actitud prudente y –por qué no decirlo– humilde. Tenemos que comprender que es hasta cierto punto lógico que gentes que llevan algunos 25 o 30 años trabajando en este campo, con enormes esfuerzos y generosidad, tengan ciertos recelos ante quienes se aproximan al tema pretendiendo sentar cátedra. Es preciso ir ganando en confianza mutua, reconocer nuestras mutuas capacidades y potencialidades, y poder llegar así a un marco de colaboración como el que se da con mucha mayor naturalidad en otros países.

6. LA COOPERACIÓN AL DESARROLLO Y LA SOLIDARIDAD INTERNACIONAL COMO CAMPOS PARA LA FORMACIÓN HUMANA EN LA UNIVERSIDAD

Por último, hay una cuestión que no puede perderse de vista a la hora de plantear el debate sobre las potencialidades de la Universidad en la cooperación al desarrollo. Me refiero al papel que estas cuestiones pueden jugar en la formación humana de nuestros estudiantes.

La activa participación de la comunidad universitaria en la puesta en marcha de proyectos de cooperación al desarrollo incide en la cuestión de los valores, es decir en la consideración de la Universidad como un espacio fundamental para la formación de las futuras generaciones no sólo para su inserción laboral, sino también, para su capacidad de participar en los debates sobre los problemas que afectan al progreso de las sociedades en una clave de mayor equidad, sostenibilidad, y respeto a los derechos humanos.

El impulso del trabajo solidario y de la cooperación internacional al desarrollo puede y debe ser un buen complemento formativo y un ámbito en el que los estudiantes pueden acercarse a un conocimiento más integral del mundo en que vivimos, fortaleciéndose como personas y posibilitando su relación con el trabajo que fuera de la Universidad llevan a cabo diversos agentes sociales.

Mención especial merece la cuestión del voluntariado. No es éste desde luego el único campo en el que el voluntariado social tiene una amplia proyección. Muchísimos temas, más cercanos a veces a nuestra realidad, ocupan a miles de personas en tareas de voluntariado. Pero no es menos cierto que las cuestiones relativas a la solidaridad internacional y la cooperación al desarrollo interesan de forma creciente a nuestros jóvenes, por lo que el impulso de los mismos en las universidades puede jugar un importante papel en la canalización del voluntariado. Además, muchas de nuestras universidades debaten sobre la manera más eficaz de gestionar los créditos de libre elección y, en este sentido, los trabajos relacionados con la cooperación pueden tener un creciente papel en la medida en que la Universidad, como tal, decida implicarse más en esta tarea.

7. A MODO DE CONCLUSIÓN

Creo que es preciso un mayor compromiso de las universidades en la tarea de la solidaridad y la cooperación internacional para el desarrollo. Esta tarea debe diferenciarse de otros trabajos que la Universidad desempeña en el campo de la internacionalización y dotarse de una lógica y unos instrumentos propios que hagan posible su impulso.

Las universidades deben ser conscientes de su papel fundamental en el ámbito de la investigación y el debate sobre los problemas del desarrollo y la cooperación internacional, aprovechando los importantes recursos que tienen para ello. Las universidades deben, al mismo tiempo, ser capaces de impulsar programas propios de cooperación con otras universidades necesitadas de colaboración externa, desde el convencimiento de que ésta es una tarea fundamental en la expansión de las capacidades de desarrollo de las sociedades. Y deben ser capaces también de participar junto a otros agentes de cooperación en la puesta en marcha de programas conjuntos y/o complementarios, de manera que los universitarios puedan colaborar más estrechamente con otros sectores de la sociedad en la promoción de la solidaridad, y en la defensa de la equidad, la sostenibilidad, y los derechos humanos.

NOTAS

1. Este trabajo es un resumen de la ponencia presentada en las Jornadas sobre Universidad y Cooperación al Desarrollo celebradas en Córdoba en junio de 2003, organizadas por la AECI y la Universidad de Córdoba.